



REVISTA SEMANAL.

Se publican cuatro números mensuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 1.º—NÚMERO 3.º

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro de Campillo, núm. 15.

ADVERTENCIA.

Habiendo entrado nuestra Revista en el 2.º año de su publicacion, y haciendo esta Administracion cuantos esfuerzos están á su alcance para darla toda clase de mejoras, siendo la primera el haber establecido una imprenta expresamente para que el periódico no sufra retraso y salga semanalmente y sin interrupcion alguna,

Rogamos á los señores suscritores que estén en descubierto, tanto en las mensualidades vencidas, como en el envio del trimestre adelantado, se sirvan remitir uno y otro, pues su cortísimo precio les hará fácil el pago, y donde no haya letras del giro mútuo, pueden remitirlo en sellos de diez céntimos.

Tambien les suplicamos se sirvan dar publicidad al adjunto prospecto, pues necesitamos de su cooperacion para poder seguir adelante en la empresa que nos propusimos, y que como hemos dicho siempre, mas bien que una idea de lucro es una idea moral y religiosa, bien probado en los muchos años que llevamos de publicaciones literarias.

SUMARIO

La Tormenta.—¡Solo un Dios y solo un culto! por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Suspiros de una madre,** por D. Bernardo Lopez Garcia.—**Una herencia de llanto,** por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Á una niña,** por id.—**Seccion para los niños:** Ángel y Mártir, por id.—**Variedades.**

LA TORMENTA.

Debemos dar gracias á la Providencia porque ya van desapareciendo, aun en la parte del pueblo mas ignorante, aquellas antiguas preocupaciones que solian sustentar nuestros abuelos, atribuyendo á la Omnipotencia divina las pasiones mas mezquinas del mundo. «Rezad, hijos mios, que el trueno es la ira del Señor.» Sin embargo, el que escribe estas líneas, ha visto, que en algunos pueblos de España, y fuera de España, dan alimento todavia á estas insensatas preocupaciones, que se transmiten de padres á hijos en menoscabo de nuestra religion y de las máximas del Evangelio; todo cuanto acontece en las regiones atmosféricas y fuera de ellas, es porque Dios lo consiente; pero el trueno, aisladamente considerado, no es mas que un fenómeno mas ó

menos extraño, consecuencia de la modificación periódica que deben experimentar las cuatro estaciones del año.

Daremos, pues, una sucinta explicación de lo que es la tormenta, considerándola físicamente.

El trueno es un ruido extraordinario motivado por la explosión de las nubes eléctricas, y acompañado de relámpagos.

Nunca estalla el trueno inútilmente: lejos de ser una calamidad, como algunos suponen, es un beneficio natural que debemos agradecer á la Providencia; refresca la atmósfera, y hasta restablece el equilibrio en la naturaleza; purga el aire de una infinidad de exhalaciones nocivas, y muchos enfermos hallan en sus dolencias una efectiva mejoría luego que ha cesado la tormenta. Pero es muy común que el mal se mezcle con este bien; perecen los gusanos de seda y los líquidos fermentados se trastornan, y otros dejan instantáneamente de fermentar, como el vino y la cerveza; otros se corrompen, como la leche; y los hombres y los animales domésticos suelen ser víctimas de este acontecimiento astronómico. Esta acción deletérea puede ejercerse de tres maneras: ó por lesiones directas de los tejidos, por conmoción ó por sofocación.

Las lesiones de tejido consisten en perforaciones que se verifican las mas de las veces en la cabeza, con pérdida de la materia cerebral, como si hubiese sido atravesada por un hierro candente. En cuanto á lo demás, nada mas singular, tanto respecto á los animales cuanto á los cuerpos inorgánicos, que el camino seguido por el rayo. Durante la conmoción no se nota ninguna huella de lesión; el hombre ó el animal herido, ora parcialmente, ora de muerte, pierde todo sentimiento, y cae sin haber visto nada, sin haber oído nada y sin haber tenido ni aun el tiempo de haber tenido miedo. Aquel que ha sido atacado por el rayo, pero ligeramente, se levanta espantado, y mira en su derredor á los que no se levantan. La conmoción es mortal cuando hiere á la cabeza ó al tronco, pero es menos peligrosa cuando no ataca mas que á un miembro.

En la sofocación, cuyos síntomas son rigidez en el cuerpo, contracción en los dedos, la cara toma un color violeta, y en este caso puede aun esperarse que el hombre recupere la vida; pero hay precisión de administrar corriendo los socorros que se emplean en estas circunstancias, tales como las fricciones, el calor, los estimulantes internos y externos, y algunas veces hasta se apela á la sangría.

Se experimentan violentas tempestades en ciertas partes del Mediodía de España, durante los quince días que preceden y siguen al equi-

noccio del otoño, y casi siempre van acompañados de accidentes. Al Este y al Norte de España se sienten pocas tormentas en esta estación, pues solo se experimentan en la primavera, en los dos primeros meses de verano, y es muy raro que sean funestas. Si el tiempo se oscurece cuando se viaja, conviene mucho calcular la distancia del trueno antes de apartarnos del lugar donde residimos; la nube eléctrica está próxima cuando el ruido del trueno sigue inmediatamente al relámpago.

Estará á ciento setenta y tres toesas de distancia cuando se puede contar un segundo de tiempo ó de pulsación entre el relámpago ó el trueno; si se pueden contar dos, la nube está entonces á trescientas cuarenta y seis toesas de distancia, y á seiscientos noventa y dos toesas cuando podemos contar cuatro, y así sucesivamente. Este cálculo se funda en la diferencia que hay entre el movimiento de la luz y el del sonido. La luz recorre en un minuto cerca de cuatro millones de leguas, y el sonido no recorre en el mismo tiempo mas que diez mil trescientas ochenta toesas. Si nos hallamos á caballo en un camino durante una tempestad acompañada de truenos, procuremos no redoblar el paso, sino al contrario, detenerlo, á fin de que la corriente de aire que resulta de una marcha rápida no determine el rompimiento de la nube que vá encima de nosotros. Conviene mejor en semejante caso, antes que correr el riesgo de verse atacado por el rayo ó la centella, esperar, después de haber bajado del caballo, en un sitio aislado á que la tormenta pase, aun cuando recibamos en nuestro cuerpo toda la lluvia. Esta precaución se aplica con mas razón tal vez, á los viajes en carruaje. También debemos evitar buscar un abrigo debajo de los árboles, especialmente de aquellos que están con la savia, que son entonces unos excelentes conductores de la electricidad.

En las casas, cuando truena, deben evitarse las corrientes de aire, y debemos además cerrar cuidadosamente puertas y ventanas; evítese al mismo tiempo agitar las campanas, porque su sonido puede romper la nube inmediata al campanario, y atraer el rayo sobre la cabeza del campanero, ayudado de las cuerdas, que son igualmente excelentes conductores de la electricidad.

ISOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

Era preciso, sin embargo, decidirse á saber la verdad, y la jóven, despues de poner por fechas aquellos papeles leyó en ellos con avidéz.

Su contenido era el siguiente:

«¡Qué hermosa es la vida á los diez y siete años! ¡Cuán lleno de fè, de ilusiones y esperanzas se encuentra el corazon en esa edad!

«¡Qué feliz era yo entonces y cuán distinto se presentaba á mis ojos el porvenir!

«Querida de mis padres, que gozaban de una regular fortuna, halagada por la suerte y sin pesares ni temor alguno, mi existencia pasaba apacible y tranquila, como las aguas de un trasparente lago.

«Mi alma, en la cual habia impreso mi buena y santa madre el nombre de Dios, se alzaba hasta Él, tributándole un alegre himno de bendiciones y de gratitud.

«Educada en las mas puras máximas de virtud y de religion, creia y oraba, sin comprender que pudiese existir dolor algun que no endulzase el bálsamo suave de la plegaria que un espíritu cristiano envia á los piés de su Dios.

«Mi corazon dormia aun tranquilo con su inocencia, su paz y su fè.

«Sin embargo, habia cumplido los diez y siete años, y en esa edad cualquiera impresion es violenta y puede decidir de nuestra suerte.

«Un dia, era el 2 de Noviembre, mi madre y yo siguiendo esa costumbre que obliga á los vivos á visitar á los muertos; qué prescribe que dediquemos algunas horas á pensar en la nada de la existencia, junto á la losa del sepulcro, llegamos al cementerio de San Ginés y nos mezclamos á la compacta multitud, que pisaba descuidada y alegre aquel sagrado lugar.

«El cielo estaba opaco y cubierto de nubes; el viento empezaba á soplar con violencia, quebrándose en las ramas de los desnudos árboles.

«Yo estaba triste: á nadie tenia aun en aquel recinto de la muerte, y sin embargo, mi corazon se hallaba angustiado y predispuesto á tomar parte en los dolores que tenia junto á mí.

«La multitud trascurria por aquel sitio, indiferente, alegre, engalanada, sin pensar que un puñado de aquella tierra bastará para cubrir mañana su atavío, sus esperanzas, su alegría.

«Parecíame aquel paseo una profanacion, un reto á la muerte, un insulto á Dios, y miraba con afan por todas partes, anhelando salir de allí.

«De pronto, y al cruzar por uno de los patios, ya á la salida de aquel lugar, llamó mi atencion un jóven vestido de negro, que inmóvil y mudo se encontraba de pié junto á una tumba, adornada solo con un pequeño ramo de siemprevivas.

«En la frente de aquel hombre habia impreso un dolor tan sombrío, tan sin esperanza, que no podia menos de hacer estremecer y conmover el corazon.

«Fijé mis ojos en él, pero tan absorto estaba en su duelo que no reparó en aquella mirada, ni observó la impresion que acababa de producir en mí.

«La figura de aquel jóven, grave, triste, vestido de negro, era la única que estaba en armonía con el color del cielo, con lo glacial del ambiente, con el aspecto de un cementerio.

«Sin saber por qué me interesé por él y tuve anhelo por conocer algo de la historia del pesar que parecia dominarle.

«Pero él estaba allí fijo, inmóvil, y yo tenia que seguir adelante, empujada por la muchedumbre que se apresuraba á salir, puesto que las nubes habian cubierto enteramente la extension de los cielos.

—«Ven, hija mia, me dijo mi madre, y recemos un instante por los que ya no existen, y que acaso esperan una plegaria de nuestros labios para subir al cielo.

«La seguí sin replicar, y penetramos en la pequeña capilla ornada de gasas, de flores y luz.

«Nos arrodillamos ante el altar y elevamos al cielo nuestra oracion; pero ¡ay! que al pedir á Dios el descanso de los muertos, yo le rogué tambien por el consuelo de aquel hombre, cuyo infortunio ignoraba.

«Preocupadas con el fervor de nuestro rezo no advertimos que nos habíamos quedado solas.

«La multitud se habia alejado, porque de las nubes empezaban á caer gruesas gotas de lluvia, que cada vez espesaban mas.

—«¡Dios mio! dijo mi madre, ¿qué vamos á hacer ahora?

—«Acaso podamos tomar algun carruaje á la salida, respondí yo.

—«Tienes razon, debe haberlos, exclamó mi madre; no perdamos tiempo.

«Y ambas, aun á riesgo de mojarnos, nos dirigimos á la salida.

«Toda, ó casi toda la gente se habia marchado ya, unos á pié, otros en los coches que habian venido con la esperanza de una buena ganancia.

«Uno solo quedaba, y á él nos dirigimos con rapidéz.

«Pero cuando estábamos ya cerca, un hombre se adelantó y se dispuso á ocuparle, despues

»de dirigir algunas palabras al cochero.

»La exclamacion que se escapó de nuestros labios le hizo volver la cabeza, y al ver nuestro apuro, al ver que la lluvia arreciaba por momentos, se dirigió á nosotras, y con un acento lleno de cortesía dijo á mi madre:

—»Señora, acabo de tomar este carruaje, único que hay disponible en este instante, y tengo el honor de cedérselo puesto que así la es imposible volver á Madrid.

»Aquel jóven era el mismo que habia llamado mi atencion tan vivamente.

»Yo no respondí una palabra, y mi madre parecia vacilar entre aceptar aquel ofrecimiento, ó quedarnos expuestas á la inclemencia de las nubes.

»La situacion no podia prolongarse.

—»¿Pero V...? murmuró mi madre.

—»Yo me quedaré, ó subiré tambien si V. lo permite.

—»¡Oh, sí! respondió ésta gozosa por poder conciliarlo todo.

»Subimos los tres, y despues de dar las señas de nuestra casa, el carruaje partió al escape.

—»Debemos dar á V. las gracias, dijo mi madre pasado el primer momento; á no ser por su bondad hubiéramos tenido que permanecer allí hasta muy tarde, ¡y es tan triste estar solos en un cementerio!

—»¡Oh, sí, muy triste! contestó él con voz conmovida; sobre todo, cuando una persona muy querida duerme en él su postrer sueño, y estando tan cerca de nosotros no puede responder á nuestra voz.

—»¿Se halla V., quizás en ese caso? pregunté yo con timidez.

»Él fijó entonces en mí su melancólica mirada y respondió sencillamente:

—»Hace muy poco que perdí á mi madre, señorita.

—»¡Ah! y acaso....

—»Ella reposa en el lugar que acabamos de abandonar.

»Era tan doloroso el acento con que pronunció estas palabras, que llenó mi alma de tristeza y humedeció en llanto mis ojos.

—»Mi madre, añadió, hablando mas que con nosotros, con su propio pensamiento; mi madre era el ángel de mi guarda, era todo mi amor en este mundo! y hoy quedo solo, muy solo en él!

—»¿No tiene V. padre, no tiene V. hermanos?

—»No tengo á nadie ya! respondió con angustiada voz; y veo la vida tan amarga que á veces siento deseos de renunciar á ella.

»Aquellas palabras me hicieron estremecer, sin darme cuenta de ello; mi corazon se habia

»conmovido, y aquel hombre á quien veia por primera vez me interesaba mas á cada paso, por su soledad y por su desgracia.

—»¡Oh! no diga V. eso, exclamé al escucharle; el alma de su perdida madre se entristecerá en el cielo al escuchar esas frases.

»El jóven se sonrió de un modo desdeñoso y amargo.

»Yo continué:

—»La Madre de Dios es tambien Madre de los desgraciados. Ella velará por V.

»Esta vez fué mas escéptica y mas friamente desgarradora la expresion que contrajo su semblante.

»Yo le contemplé admirada.

»¡Ay de mí! no podia comprender lo que pasaba en aquel alma incrédula, sin religion y sin Dios.

(Continuará).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SUSPIROS DE UNA MADRE.

I.

Duerme... en su sueño riente,
parece que á mí me nombra;
no se agita ni una sombra
por el cielo de su frente.

El ángel de la inocencia
la acaricia con sus alas;
la dan las rosas sus galas
y los claveles su esencia.

Y un rayo de luz mendiga
de su aliento los olores;
¡Madre de los pecadores,
que el Señor me la bendiga...!

Yo llevaré á tus altares
lirios, nardos y azucenas,
yo le contaré tus penas,
cuando entienda de pesares:

Mira, le diré: hácia aquí
mi dedo en el cuadro fijo:
esa es la madre, ese el hijo,
murió por salvarte á tí.

Mas ¡ay! que en el tiempo vario
no la miren mis amores
con la cruz de los dolores,
caminando hácia el Calvario.

II.

¡Si siempre estuviera así...!

Si yo la viera en mi anhelo
abrir los ojos del cielo
solo por mirarme á mí....
Si hicieras, Virgen María,

calmando mi angustia loca,
que no dijese su boca
nada mas que ¡Madre mia...!

Y que mis brazos por lecho
dulcemente la guardaran,
y que nunca la arrancaran
del sagrado de mi pecho...!

Mas ¡ay! el tiempo vendrá;
mi voz la dará sonrojos;
lágrimas veré en sus ojos
y por mí no llorará...!

Y sufriré su desvio
aunque triste no me asombre;
oiré en sus sueños un nombre
y el nombre no será el mio...!

Y tras de dichas extrañas,
aunque á su amor no le cuadre,
harán que olvide á su madre
los hijos de sus entrañas...!

Y cuando triste sucumba
y extienda mi brazo anciano,
¡quizá no encuentre su mano
para bajar á la tumba...!

III.

Vedla! su sueño profundo
lo arrulla el plácido ambiente;
un cabello de su frente
vale mas que todo el mundo.

Que no la despierte el canto
de mis pensamientos fijos.
¡Ay! el amor de los hijos
lo pagamos con el llanto.

Bernardo Lopez Garcia.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

NOVELA ORIGINAL.

Cuando penetraron en el comedor, una abundante y bien servida cena les esperaba ya.

En medio de aquella pieza extensa y bien decorada, como todo el resto de la casa, se encontraba un jóven de noble y hermosa presencia, que se adelantó, tomó la mano de D. Diego y la llevó á sus labios, con un sentimiento de respeto y de amor.

El anciano sonrió de un modo dulce y lleno de una inmensa satisfaccion.

Despues puso su diestra sobre el hombro del jóven, y sus labios se movieron imperceptiblemente.

Acaso, con el solo acento del alma, murmuraba una bendicion que no se atrevia á modular en presencia de un extraño.

—Caballero, dijo al fin dirigiéndose al viaje-

ro; tengo el honor de presentaros á mi hijo, Rafael Lopez de Avendaño, y tú, Rafael, estás en presencia de D. Armando de Lara, nuestro huésped por esta noche.

Rafael era un corazón de oro, y acogió al recién llegado como un amigo antiguo y muy querido.

En aquel instante Adriana, guiando á su madre, apareció á la entrada del comedor.

Rafael salió á su encuentro, y besando á su madre en la frente, la dirigió algunas frases llenas de ternura.

—¡Qué inquieta me tenias, hijo mio, exclamó la anciana extendiendo las manos á Rafael; qué inquieta me tenias, lejos de casa todo el dia y sin venir, en una noche como esta.

—Perdone V., mi querida madre: salí esta mañana de caza con nuestros vecinos, y me detuvieron mas de lo que pensaba.

—Sí, mas....

—Habia pedido permiso á mi padre antes de partir, y esto me hacia estar mas descuidado; pero si he podido causar á V. algun momento de inquietud, la ruego que lo olvide, asegurándola que no volverá á suceder.

—Y ¿quién habia en la hacienda de los Enebros, preguntó Adriana á su hermano, mientras una maliciosa sonrisa vagaba en sus labios de rosa.

—Nuestro vecino el señor de Enriquez y su hijo Carlos, mi mejor amigo.

—Y... ¿nada mas?

—¡Oh, sí! respondió Rafael un poco turbado; allí estaba, como siempre, Margarita, junto á su buen padre, de quien cuida con un amor y un afán sin límites.

D. Diego, que miraba con delicia á su esposa y á sus dos hijos, murmuró dirigiéndose por lo bajo á Armando:

—Mis hijos conservan aun en toda su pureza el cariño y la veneracion que deben á su padres: educados lejos del mundo, en estas nuestras queridas montañas, guardan las costumbres de otras épocas, mas sencillas y mas puras que la nuestra.

—¡Oh! sí: bien se vé que sois un padre feliz; exclamó Armando con amargura.

—La cena espera, dijo Rafael ofreciendo un asiento á su huésped; la cena espera y no debemos hacerla aguardar.

Y con la mayor franqueza, y con la cordialidad mayor puso en el plato de Armando un trozo de javalí, y le llenó una copa de excelente vino.

Adriana sirvió á su madre y la cena empezó mostrándose todos satisfechos, menos el jóven viajero, cuya frente estaba cada vez mas sombría.

De vez en cuando sus miradas se encontraban con las de la hermosa niña, cuya adorable expresión revelaba todo un mundo de amor y de esperanza.

Armando parecía evitar la luz de aquellos ojos tan dulces y penetrantes; acaso ¡ay! porque los suyos no podían contestarles en aquel instante de angustia y de ansiedad profunda para él.

Pasado algún tiempo, cuando todos hubieron hecho los honores á los bien aderezados y abundantes manjares, D. Diego, siguiendo la santa costumbre de sus mayores, dió gracias al cielo por los bienes que le concedía, implorando su auxilio para los necesitados, y bendijo á sus hijos con recogido y grave ademán.

—Ya es hora de recojerse, dijo despues; hijo mio; conduce á este jóven á la habitacion que le está destinada, en la cual le deseo una noche tranquila y feliz.

—Antes de separarnos, respondió Armando, permitid que os dé las gracias por la generosidad con que sin conocerme me habeis recibido bajo vuestro techo, y por el modo bondadoso con que me habeis tratado.

—Caballero, respondió el anciano; la hospitalidad es una costumbre en nuestras montañas, y sobre todo, en nuestra casa; mis antepasados tenían siempre en su mesa un asiento para el viajero que llegaba á sus puertas, y desde el momento que penetraba por ellas era considerado como un individuo de la familia. Yo sigo el ejemplo de mis mayores, y por consiguiente, nada me teneis que agradecer.

—Sin embargo....

—Esta pobre casa podeis considerarla como vuestra esta noche, y aun me tendré por dichoso si aceptando mi sincero ofrecimiento, quereis descansar en ella por algunos dias. El tiempo es horroroso; los caminos deben haberse puesto intransitables, y si los asuntos que os traen á Aragon admiten alguna demora, debeis deteneros por algunos dias y esperar que las lluvias cesen.

Armando no supo qué contestar á las generosas palabras de D. Diego; se inclinó, pues, en silencio y no pronunció una sola frase.

Despues se dirigió al grupo que formaban Adriana y su madre para despedirse hasta el siguiente dia.

La jóven se hallaba junto á la ciega, que se volvió instintivamente al sentir los pasos de Armando.

Adriana aprovechó un instante en que nadie podia verla, para deslizar en la mano del jóven una tira de papel escrita con lapiz y muy rápidamente.

Él la tomó, ocultándola y saludando á Doña

María y á cuantos quedaban en el comedor; salió acompañado de Rafael y de un criado que les precedía alumbrando el camino.

Cuando llegaron á la estancia que le habia sido destinada, los dos cambiaron algunas palabras, deseándose mutuamente una tranquila y agradable noche.

—Caballero, añadió Rafael antes de dejar solo á su huésped; caballero, uno mis ruegos á los de mi padre para obligaros á que permanezcais aquí algunos dias, asegurándoos que en ello nos causareis un placer inmenso.

Esta vez Armando tuvo que dar una respuesta.

—Mucho os agradezco vuestra oferta, dijo; oferta que prueba vuestra generosidad.

—¡Oh! no me lo agradezcáis, y aceptad la proposicion, quedándoos hasta que Dios quiera que cese el temporal; ¿qué me respondeis?

—Que acaso, como lo deseais, deje mi partida hasta que Dios lo disponga.

En el acento de Armando habia al pronunciar estas palabras algo de solemne y sombrío, que Rafael no pudo adivinar.

Un instante despues, el viajero solo en su estancia, murmuraba, oyendo aun los pasos del jóven que se alejaba:

—¡Quién sabe! ¡Quién sabe si debo permanecer algunos dias aquí!

Despues se acercó á la luz, desdobló el pedazo de papel que Adriana habia puesto en sus manos, leyendo en él estas palabras:

«Armando: mañana á las siete estaré en la capilla de Nuestra Señora del Valle. Allí, en presencia de la Santa Virgen, quisiera veros, y hablaros despues un instante.»

—¡Oh! exclamó el jóven sin poder apartar su vista de aquel papel; ¡quiere hablarme, quiere preguntarme acaso qué motiva mi inesperada presencia en su casa! ¡Desgraciado de mí, desgraciado de mí que soy el génio del mal para esa pobre niña tan pura, tan hermosa! ¡Oh! ¿Por qué pertenece á esta familia? ¿Por qué le llama padre á él, á quien la suerte se complace en rodear de felicidad?

Armando ocultó la frente entre las manos, y permaneció así algunos segundos.

Despues se levantó bruscamente: dió algunos pasos por la habitacion y prosiguió de nuevo, mas agitado cada vez:

—¿Qué haré para cumplir mi juramento? ¿Qué haré para cumplir con mi deber? ¡Oh padre mio! no temas: ya estoy aquí, y aunque me costara la existencia te sabré obedecer. ¡Duerme tranquilo en tu olvidado sepulcro, que tu hijo te vengará!

(Continuará).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

À UNA NIÑA.

—Niña, ¿dónde vas dejando
lleno de angustia y dolor
de tu madre el seno blando,
y los lazos desatando
de su dulcísimo amor?

—Por qué te alejas así?
—Voy á buscar un asiento
que está desde que nací
tras el azul firmamento
reservado para mí.

Y allí en trono de colores
cercada de gloria y luz,
de Salem entre las flores
voy á cantar mis amores
por el que murió en la Cruz.

Yo era niña y era hermosa,
y la madre del Señor
contempló mi sien de rosa,
y mi frente pudorosa,
y mi inocente candor.

Y mirando el dulce encanto
que vagaba junto á mí,
los raudales de mi llanto
secó con afecto santo
y me escogió para sí.

Hoy soy ángel: inmarchita
de mi inocencia la flor,
brilla sagrada y bendita,
y entre delicia infinita
gozo de Dios el amor.

Aquí luce eterno el día,
la esperanza es inmortal;
mira si tanta alegría
trocar se acaso podría
por el llanto terrenal.

En esta dulce morada
un solo pesar sentí:
las lágrimas que apenas
mi pobre madre angustiada
derramando está por mí.

¡Oh! si la ves algún día
en ese mundo infeliz,
calma su triste agonía,
y dila que su María
es un ángel, es feliz.

Dila que mi ardiente anhelo
irá siempre de ella en pos;
que la envío desde el cielo
un suspiro y un consuelo:
dicelo, y adios. — ¡Adios!

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

ÁNGEL Y MÁRTIR.

(CONTINUACION).

Julita, con el tierno niño en los brazos, tuvo que volver á cruzar el camino andado poco antes con tanta angustia y con tan inmenso afán.

Aquella joven pura, hermosa, acostumbrada á todas las comodidades del lujo y la riqueza, parecía imposible que pudiera resistir las fatigas de aquella marcha, tan triste y azarosa.

La pobre madre no sentía sus penas ni las agonías de aquel camino por ella misma, las sentía por Quirico, cuyo porvenir la llenaba de terror.

Los tormentos del alma hacen olvidar los tormentos del cuerpo, y esto pasaba á aquella mujer tan delicada y tan débil, pues abstraída con el pensamiento de la suerte de aquel niño, si ella era reducida á una larga prision, olvidaba su cansancio, su desfallecimiento y el temor de su propio peligro.

Los centuriones que la conducian, acostumbrados á aquellas odiosas comisiones, ni se compadecieron de su belleza, ni de su juventud, ni de su abandono; antes bien, si se detenía un instante para tomar aliento, si se paraba para enjugar una lágrima ó hacer una caricia á su pequeño hijo, la hostigaban con amenazas y con palabras soeces á seguir adelante, y no la permitían un momento de descanso ni tregua alguna siquiera.

Así, siguiendo lentamente aquel doloroso calvario, llegaron á las puertas de Iconia, cuando el alba empezaba á teñir de rosa y nacar el cielo, y cuando los pájaros, despertando sobre la rama que en la noche les habia dado asilo, saludaban con un trino de amor al autor de la creacion, de la luz y del día.

Las puertas de la ciudad les fueron abiertas y al penetrar por ellas se dirigieron resueltamente al palacio de Domiciano, de quien habian recibido la orden de perseguirla en su huida.

A la entrada de aquella mansion hallaron algunos soldados pertenecientes á la misma centuria, y uno de ellos se adelantó para preguntar á su jefe:

—Y bien Cayo Aurelio, has conseguido detener á la fugitiva?

—Sí, contestó el interrogado; el mandato del gobernador queda cumplido.

—Estaba ya lejos?

—Á una legua escasa.

—Sola?

—Sola con un niño cuyos lloros nos han hecho encontrarla.

—En la delacion que de su fuga recibió Domiciano, se decia que la acompañaban dos de sus siervas.

—Habrán huido abandonándola á su suerte.

—Y vas á presentarla ahora al gobernador?

—Me parece muy temprano para molestarle aun.

—Sabes qué juez ha sido nombrado para interrogar á esa cristiana?

—Alejandro; el mas encarnizado enemigo de esa secta condenada por nuestros dioses y por los

divinos emperadores Dioclesiano y Maximiano.

—Oh! pues tendrá que sacrificar ó tendrá que morir; Alejandro no perdona.

Julita, entretanto que los dos soldados hablaban, se mantenía apartada á un lado, envuelta en su manto y con Quirico abrazado á su seno.

—Hijo mío, hijo mío! murmuraba la pobre jóven besando la frente del niño. ¿Qué será de ti si nos separan? quién te enseñará á bendecir á Dios todos los días? quién te enseñará á amarle sobre todas las cosas?

El niño fijó en su madre una mirada suavísima y amante, y murmuró con su infantil y puro acento:

—Yo no quiero separarme de tí, madre; yo quiero estar contigo siempre!

Una lágrima amarga como las aguas de los mares, rodó lentamente por la mejilla de Julita.

—Por qué lloras? la preguntó el niño entristeciéndose sin comprender la causa, y contagiándose con el dolor de su pobre madre.

—Yo no lloro, respondió Julita por no angustiar á su pequeño ángel, y fingiendo una triste sonrisa.

El niño alzó su pequeño dedo hasta el rostro de la jóven, y tocando la gota de llanto suspendida aun en su faz de rosa, murmuró con candorosa aflicción:

—Ves como sí!

Julita no pudo entonces dominar su duelo, y dejó correr libremente sus ardorosas lágrimas.

—Por qué lloras? volviola el niño á preguntar mas afligido cada vez.

—Lloro, hijo mío, respondió la santa mujer, lloro porque algun día quizá te olvidarás de Dios y aun ¡ay de mí! dejarás de ser cristiano.

El niño movió con rapidez su rubia cabeza, y exclamó con una voz semejante á la voz de los ángeles:

—No, madre; yo seré bueno como tú me mandas! yo bendeciré á Dios todos los días, como tú me encargas, y yo diré siempre que soy cristiano!

Quirico en su inocencia no sabia el valor de aquellas palabras, que iban á ser su sentencia de muerte.

El cándido niño repetía las lecciones de su madre, sin comprenderlas casi todavía.

La jóven le estrechó contra su corazón, con delirante ternura, y dirigió una mirada en torno.

Las frases de su hijo llenaban el alma de la cristiana de una infinita alegría; pero hacían latir de miedo el corazón de la amorosa madre.

Se odiaba y se perseguía tanto á los cristianos en el siglo IV!

—Vamos, gritó Cayo Aurelio bruscamente poniendo término á la conversacion de la madre y el hijo; vamos, en marcha; aunque despertemos á Alejandro, él nos agradecerá que le presentemos ocasion de mostrar su celo en honor de los dioses del imperio.

La jóven siguió al centurion que la conducía á casa de su terrible juez.

De lejos, muy de lejos, seguían la funesta comitiva dos mujeres, envueltas cuidadosamente en sus mantos.

Eran Jéria y Áurea que querían saber la suerte de su triste señora. (Continuará).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VARIEDADES.

¿POR QUÉ LLAMAN GUERVOS Á LOS CURAS?

Una pobre madre rodeada de tres hijos, el mayor de los cuales tenía seis años, vivía en una misera casucha. Leíase en el rostro de la madre una tristeza habitual, notábanse en él rastros de hermosura ya marchita, no por los años, sino por los pesares. Su esposo infiel la había olvidado, dejándola sumida en la miseria y rodeada de sus tres hijos. Trabajaba lo posible, pero no le producía el fruto necesario, su trabajo casi continuado. Ocultaba, sin embargo, las lágrimas á sus hijos, y les dirigía de vez en cuando alguna sonrisa. No pudo ocultar por mucho tiempo su pesar á los pedazos de sus entrañas; alguna vez le pedían pan, y ni un mendrugó podía darles. ¿Quién consolará á la madre y alentará á los hijos? La santa esperanza.

—Hijos míos, les decía, esta noche nada tengo, pero acabaré muy presto la labor é iré á venderla; mañana nada os faltará.

Un día la madre no pudo resistir las continuadas vigiliias y penalidades: postrada en cama quiere consolar á sus hijos.

—Acudamos, queridos hijos, al Padre de providencia y Señor de cielos y tierra no nos abandonará. Por medio de un cuervo alimentó á un profeta; un cuervo daba la ración de pan á San Antonio y otros Santos; un cuervo salvó de una muerte segura á San Benito: pidamos al Señor se digne enviarnos quien se apiade de nosotros. Señor, Señor, te hago el ofrecimiento de mi vida, pero salva á mis queridos hijos; y si un padre desnaturalizado los abandona, depárales otro padre que les ampare!

—Madre mía, dijo el menor de los niños, las puertas y ventanas están cerradas; ¿no sería mejor abrirlas para que al pasar un cuervo venga á auxiliarnos? ¿Voy á abrir?

—Pobre hijo mío, como tú quieras; no confío venga persona alguna á favorecernos; los pobres espantan á los ricos. Todo auxilio nos ha de venir del cielo, de lo contrario dentro de poco moriremos.

Es imposible describir la escena que siguió á estas palabras de la pobre madre. Sus lamentos se confundían con los de sus hijos; todos padecían hambre y sed, y solo se interrumpieron los sollozos por un fuerte aldabazo que se oyó.

—Madre, el cuervo; Dios nos ha escuchado.

Abre el niño la puerta, y se presenta un anciano sacerdote.

—Venía de asistir á un moribundo, y me ha llamado la atención un ruido extraño: páro el oído, y de esta casa salían gritos que despedazaban mi alma, y maquinalmente he llamado. Ya veo vuestra miseria, no temais, enjugad vuestras lágrimas; vendrá mi hermana, y os cuidará á todos; yo no os abandonaré.

—¿Es el cuervo, madre? preguntó el niño.

—Sí, dijo el sacerdote, soy el cuervo que te proporcione en nombre de mi Dios pan, vino, fuego, vestido y todo lo necesario. Yo soy el cuervo, y vosotros mis polluelos; no pereceréis de hambre.—P. V.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.